

ROPA MÚSICA CHICOS

Autora: Viv Albertine.

Barcelona: Editorial Anagrama, 2017.

Título original: Clothes Music Boys.

Londres: Faber and Faber, 2014.

Rebeca Muñoz García

remunoz@polsoc.uc3m.es

Universidad Carlos III de Madrid – España

Recibido: 26-02-2018

Aceptado: 25-05-2018

A menudo, somos capaces de reconocer la importancia histórica que tuvieron determinados grupos de música sin haber escuchado, ni siquiera, una de sus canciones. Inmersos en una sociedad donde las imágenes más icónicas de la carrera de *los Ramones*, *los Rolling Stones*, *Guns N´ Roses* o *los Beatles* están serigrafiadas en las prendas de las líneas de moda de las grandes marcas de Inditex, podemos decir que la simbiosis entre el espíritu del *pop art* y las estrategias de marketing ha calado hondo. Desde un punto de vista analítico, y más allá de mostrar la banalidad con la que se desfigura el origen de determinadas corrientes musicales, estas nuevas expresiones de la sociedad de consumo nos permiten observar las presencias y ausencias que determinados iconos de la cultura popular simbolizan, y que relatos en primera persona como este terriblemente honesto *Ropa Música Chicos* de Viv Albertine desarman de un solo plumazo.

Para entender la escena del *punk rock* británico de los años setenta donde se encuadra el relato de Albertine, es necesario tener presente los movimientos sociales y estudiantiles que dieron lugar a la denominada *Revolución de 1968*. La ciudadanía de distintos países, especialmente la población joven que había tenido acceso a una educación superior, rompía su silencio para recriminar al gobierno sus acciones en un momento de aguda crisis política, económica y social. En este contexto, la música se erigió como un vehículo de expresión fundamental que canalizaba las emociones de una población indignada y que se convertiría en una de las principales herramientas de reivindicación para las hermanas y hermanos menores de los precursores del movimiento *hippie*. Una generación que viviría, en primera persona, la Era Thatcher en Inglaterra y sufriría las consecuencias de la Crisis del Petróleo.

Esta necesidad de expresión, unida a los reclamos de una sociedad que se revelaba contra la autoridad y las normas sociales establecidas, propició el caldo de cultivo idóneo para que en los años setenta nacieran el *punk* y el *glam rock*, donde figuras como Patti Smith, Sid Vicious, Marc Bolan o David Bowie serían iconos sobresalientes en un amplio conjunto de corrientes artístico-musicales. Pero, ¿dónde estaban las mujeres en la escena musical del *punk rock* en Inglaterra? ¿Este movimiento contracultural que cuestionaba las normas establecidas creó un espacio de libertad igualitario para mujeres y hombres o, por el contrario, las mujeres encontraron mayores dificultades para desarrollar sus carreras profesionales?

En este sentido, no puede pasar desapercibida la llegada simultánea del *punk rock* y el nacimiento de la Tercera Ola del feminismo en los años setenta. Las reivindicaciones de la Tercera Ola se centraron en tratar temas relacionados con el empleo, los derechos reproductivos, la sexualidad de las mujeres y, en definitiva, con alcanzar la igualdad de género más allá del ámbito legal y jurídico. Las mujeres, cuyo papel principal en la sociedad se había centrado en la esfera doméstica, iban a cuestionar la división sexual de los espacios laborales con más firmeza que nunca y Viv Albertine es, claramente, un ejemplo de ello. En un campo de profesionalización fuertemente masculinizado como era el de la música *punk rock*, las mujeres subvirtieron los estereotipos de género tradicionales y comenzaron a ganar presencia en un terreno que, hasta entonces, parecía prohibido para ellas. Esa música excéntrica a la que muchos, y muchas, llamaban ruido.

Sería fácil recurrir a los aspectos más morbosos y las referencias explícitas al sexo, el maltrato o las drogas que describe Albertine a lo largo de este más de medio millar de páginas, y a las que, a menudo, muchos autores y autoras recurren para avivar el interés del público por la escena del *punk rock*. Del mismo modo, sería sencillo hacer reseñable el hecho de que la guitarrista, compositora y cantante se relacionara, personal y profesionalmente, con personas como Joe Strummer, Mick Jones (*The Clash*) o Steve Jones (*Sex Pistols*), entre otras muchas de las grandes caras visibles de la contracultura *punk* inglesa y americana. Sin embargo, el relato de Viv Albertine sólo necesita la firmeza de su voz para que ella sea la única protagonista. La sinceridad y el descaro con los que la autora narra su propia historia son atractivos con el peso suficiente para quedarse fascinada con este relato. Así, lo realmente cautivador de esta historia es la honestidad y el humor con los que la autora habla sobre sus experiencias y, aunque la escena del *punk rock* puede ser un universo desconocido para la lectora o el lector que se aproxime a esta autobiografía, de lo que no cabe duda es que la historia de Viv Albertine te atrapa.

Como el título de las canciones de un disco, las frases que ocupan las primeras líneas de cada capítulo de este relato permiten que afrontemos la lectura de los siguientes párrafos a partir de ciertas interpretaciones. El poder de la lectura de Albertine radica, entre otras muchas cosas, en su capacidad para situar la mente de la lectora y el lector en el momento exacto que describe, aunque éste haya tenido lugar hace más de treinta años. Las historias cortas que conforman cada capítulo te hacen viajar

a través de una multitud de fotografías del instante que sobreviven al recuerdo de su protagonista. Así, y sin pretenderlo, vivirás de la mano de la compositora la conformación de su identidad y serás partícipe de este diario de lucha, superación y madurez personal. Un viaje valiente y, en ocasiones, incómodo a través del cual Viv Albertine comparte preguntas y respuestas, miedos y amores, éxitos y fracasos en lo que se podría categorizar como una historia de vida auto-narrada.

Quizás por haber crecido en una familia de clase trabajadora donde el silencio se encontraba en la parte fuerte de su compás de cada día, la música estridente, escandalosa y desafiante del *punk rock* descubrió a Albertine que era necesario alzar la voz, o en este caso el mástil de su guitarra, para cambiar aquello con lo que no estaba conforme. Parece un presagio que con tan sólo diez años *You Can't Do That (No puedes hacer eso)* de los *Beatles* fuera su primer flechazo musical, ya que se convertiría en el inicio de una larga trayectoria personal y profesional vinculada al mundo de la música. En esta recorrido Viv Albertine escucharía esta frase en multitud de ocasiones, eso sí, casi siempre en tesitura de bajo, barítono o tenor.

Desde un análisis con perspectiva de género, hay dos hechos que convierten el relato de *Ropa Música Chicos* en un texto especialmente interesante. El primero es la reflexión que la autora hace sobre la falta de referentes femeninos en la escena del *punk rock* como un gran hándicap que entorpecía el desarrollo de carreras exitosas para las mujeres o que incluso llegaba a condicionar sus aspiraciones para formar parte de un grupo musical. Así, como la autora señala en distintas ocasiones, la relación que normalmente se establecía entre las mujeres y el *punk* era el matrimonio o el noviazgo con alguno de sus músicos, ser una *groupie* o hacer los coros en una banda. Esta falta de referentes condicionó, de manera determinante, los primeros pasos de Albertine que describirá el hecho de haber conocido las trayectorias de mujeres como la bajista Jody Linscott, la artista Yoko Ono, la cantante Marianne Faithfull, la bajista Suzi Quatro o la diseñadora Anita Pallenberg, como un factor clave en la conformación de su identidad como mujer y música.

De igual modo, es necesario, y quizás más interesante hasta cierto punto, resaltar la importancia que la autora otorga a la necesidad de encontrar referentes en los círculos de relación más cercanos. Es decir, el valor de tener mujeres a las que admirar en esa realidad más próxima que conforman nuestras compañeras de estudios, profesoras, amigas, madres, tías, hermanas y abuelas. El segundo hecho es la importancia que Viv Albertine concede a la búsqueda de un sonido personal y único desde el primer instante que tiene una guitarra entre sus manos. Su marcado gusto musical la convertirá en una música exigente y creativa que no buscará interpretar las canciones de otros, sino que, por encima de todo, perseguirá un sonido que la identifique como persona, un sonido que plasme sus inquietudes y aspiraciones y que, en un planteamiento cercano al de Susan McClary en *Feminine Endings (1991)*, defina su identidad de género.

Para que podamos seguir analizando las dificultades afrontaban al decidir desarrollar carreras profesionales en este ámbito, no deben pasar desapercibidas las referencias relacionadas con los

lugares y las horas a las se programan los conciertos que Albertine presenciaba como intérprete, espectadora o camarera. Su planificación de rutas de vuelta a casa o el hecho de tener que evitar coger autobuses nocturnos y verse casi obligada a pedir a sus compañeros varones que le acompañaran en estos trayectos, son una clara muestra de ello. Además, la autora hablará de manera explícita sobre la violencia verbal, física y sexual de la que ella misma y sus compañeras eran objeto y su etapa con *las Slits* fue especialmente representativa en este sentido. Las violencias machistas perpetraban, sin contemplaciones, en multitud de situaciones de la vida diaria de un grupo compuesto únicamente por mujeres, pero su poder era especialmente perjudicial para ellas en su relación con la industria discográfica. Viv Albertine lo expresa así en su relato: “intentan tratarnos, y nos tratan, como objetos maleables a los que follar o explotar económicamente según su voluntad” (Albertine, 2017: 255).

La riqueza de esta autobiografía reside también en observar el papel que las corrientes político-filosóficas tuvieron en el desarrollo de la contracultura *punk* y que estuvieron estrechamente relacionadas con el desarrollo profesional y artístico de la autora. En este contexto, los rasgos situacionistas del relato no pasan desapercibidos y nos llevan a establecer una relación directa entre el *situacionismo* y el movimiento *punk*. Esta corriente, que se caracterizaba por ser un *medley* de vanguardias europeas, iba tener un objetivo primordial, construir “situaciones” que cuestionaran las prácticas del capitalismo tardío y que a través del arte y de la música, se traducirían en la búsqueda de la plena libertad del individuo. *Ropa Música Chicos* se puede definir así como un relato situacionista, en el que los límites entre la vida y el arte se desvanecen y donde la necesidad de expresión humana se descubre como la necesidad más básica de nuestra protagonista.

Bajo este prisma, lo interesante es ver cómo Viv Albertine desafía los estereotipos de género, planta cara a los abusos y las violencias machistas, cuestiona los roles impuestos y deconstruye una realidad patriarcal para mostrar que ser mujer y tener una imagen *naif* no son significantes de nada. Reconoce las expectativas que, en su relación con los hombres, le han creado los ideales de amor romántico en los que ha socializado; pero este hecho no le impide buscar una habitación propia en la que seguir desarrollando su creatividad artística y musical. Esta habitación, cuya decoración y ubicación cambiarán a lo largo de las más de cinco décadas de vivencias de la autora, llegará a ser imperceptible para Albertine en algunos momentos de su vida, pero, en otros, será el único espacio en el que se sienta cómoda y pueda ser ella misma.

El movimiento *punk rock* de los años setenta en Inglaterra favoreció así la creación de un espacio de libertad que, aunque se podría considerar esencialmente individual, comenzó a cuestionar las normas sociales y la validez del canon musical establecido. En este espacio de libertad compositiva, que bebía claramente de las bases del desarrollo emergente del *free jazz* en Estados Unidos, no era importante que las nuevas creaciones siguieran las reglas marcadas por la tonalidad.

Tanto la tonalidad como las normas sociales formaban parte de un corsé angustioso que no concedía a los y las artistas la posibilidad de desarrollar su creatividad y, en este contexto, el *punk*

rock permitió que muchas mujeres que no habían tenido acceso a una educación musical se sintieran libres para imbuirse en este nuevo ámbito profesional. La ruptura social que defendía la contracultura *punk* impregnó todas las dimensiones artísticas que podamos imaginar. Un claro ejemplo de ello se observa al analizar cómo para la totalidad del movimiento *punk*, y especialmente para nuestra protagonista, la ropa se convirtió en un símbolo de identidad. Una forma de diferenciación y reconocimiento mutuo entre iguales, una vía de expresión, de provocación y entendimiento que serviría para desafiar el *statu quo*.

En definitiva, la historia de *Ropa Música Chicos* nos muestra que, tomando las palabras que Luis Buñuel utilizó para definir el surrealismo, Viv Albertine no “ha triunfado en lo accesorio y fracasado en lo fundamental”. Como ella misma explica en su relato, “la música que rodeó mi infancia y adolescencia era revolucionaria, y puesto que crecí escuchando una música que intentaba cambiar el mundo, eso es lo que sigo esperando de ella” (Albertine, 2017: 54).

BIBLIOGRAFÍA

Albertine, Viv (2017): *Ropa Música Chicos*. Barcelona: Editorial Anagrama.